

El Album

DE MADRID
Semanario ilustrado

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: VILLANUEVA, 17, MADRID

16-JUNIO-1899



Adela Blasco

Biblioteca Regional de Madrid

15 céntimos

EL ALBUM DE MADRID

16 DE JUNIO DE 1899

La verbena de San Antonio

¡Qué música la de su voz! Cuando me dijo, echándome los brazos al cuello y restregándose contra mi cuerpo:

—Mira, esta noche es la verbena de San Antonio, el abogado de las mujeres, y es preciso divertirnos y que vayamos á la Florida. Yo le debo muchos agradecimientos al Santo. Cuando tú no te habías dignado aún decirme que me querías, yo le rezaba todas las noches pidiéndole que me concediera la gracia de tu amor. Y ya ves tú como San Antonio ha escuchado mis súplicas. A él le debo mi felicidad. ¡Oh, si tu supieras qué triste era antes mi vida! Yo no sé como hay gente que pueda vivir sin amar. ¿Qué hay en el mundo que sea más hermoso que eso? Querer y ser querido. ¡La gloria!

Mira, yo también sé de filosofía, filosofía instintiva, natural, no estudiada...

Porque yo, ¡libreme Dios! no he sufrido nunca la tentación, la mala tentación, de leer ninguno de esos librotos raros que forman tu biblioteca. Sólo he llegado á aprender, y eso por amor á tí, los nombres bárbaros de esos señores filósofos... Hegel, Spencer, Schopenhauer y otros que tales, todos de apellidos extraños, imposibles de pronunciar.. Pero reniego de toda la filosofía de esos apreciables sujetos si no proclaman el amor como el *gran todo*—¿no se dice así?—como el *gran todo de la vida*. Dirás que soy muy presuntuosa y que hablo de lo que no entiendo. Bueno; piensa

de mí lo que quieras. Prefiero ser marisabidilla antes que tonta. Y sobre todo estoy decidida á creer lo que tú creas, á dejarme convencer por tí, á sentir lo que tú sientas...

Y acentuando el mimo de su voz, con cara de súplica, balbuceando como una niña:

—Pero supongo que todos esos señores filósofos que el señor de Hegel, que el señor de Spencer, no tendrían por qué oponerse á que vayamos á la verbena. Conque... ¿Me visto?

Pero yo para prolongar aquella deliciosa escena, me negué en absoluto á complacerla.

—No, no estoy de humor de fiestas... Sufro con la alegría de la gente... Mejor estaremos en casa, tú haciendo labores y yo leyendo á mis filósofos.

No me contestó nada, pero ví que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Vamos. —dije dulcificando mi voz—¿pero es que tienes tanto empeño en ir á la verbena?

—¡Oh, sí! —me contestó, arrojándose otra vez á mi cuello y pegando su cara á la mía—mucho empeño. Verás: me pondré el vestido blanco que tanto te gusta, y el mantón de Manila que me regalaste el día de mi santo, y muchas flores en la cabeza y en el pecho... muchas flores... Te juro que voy á estar muy bonita. Conque... ¿me visto?

¡Iba á decirle que no? ¡Bah! ¿Quién tiene valor para negarse á complacer á la mujer amada?

—Bueno me doy por convencido. Ya sabes que mi voluntad es la tuya, que yo quiero siempre lo que tú quieres.

Explosión de agradecimiento, manifestado con toda suerte de caricias.

—¡Viva San Antonio! ¡Viva Hegel!—gritó ella de pronto con entusiasmo.

—¡Viva el amor!—grité yo besándola en la boca.

MIGUEL SAWA.

¡Adelante!

Para Bernardo G. de Candamo.

¿Qué te detiene, luchador? ¡Avanza!
¡Avanza sin cesar!
¡Mientras tu pecho abrigue una esperanza
No debes desmayar!

Esos que hoy en mitad de tu camino
Atacándote ves,
Mañana, como triunfe tu destino,
De rodillas caerán ante tus pies.

Antes de entrar en lid tu vuelo ensaya
Y prueba su vigor:
¡Para escalar con triunfo el Himalaya,
Se necesitan alas de condór!

Si las tienes la ignara muchedumbre
En vano se opondrá...
¡Quiéran ó nó, la nieve de la cumbre
Tus pies alfombrará!

No te canses lo largo del Calvario;
Ni te arredren los golpes del dolor;
¡Para que brote el fruto, es necesario
Que se agoste la flor!

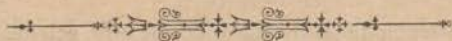
El pesar ennoblece. Más fulgores
Da en la sombra la luz:
Tiberio expira en tálamo de flores
Y Cristo muere en afrentosa cruz.

No escuches, no, la voz de tu marasmo
Y hasta la cumbre ve...
¡No hay espada mejor que el entusiasmo
Ni armadura más firme que la fe!

Contesta de la envidia á los rencores
Con un himno inmortal:
Los golpes el rosál paga con flores...
¡Sé tú como el rosál!

De la contraria suerte á los embates
No temas perecer...
¡De la vida en los trágicos combates
Es tan noble morir como vencer.

FRANCISCO VILLAESPESA



De mi tierra

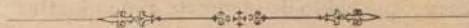
Para José Sánchez Rodríguez.

Muestra en su téz alabastrina y pura
tonos de luz del refulgente día,
y en su pelo, de fina sedería,
las negras tintas de la noche oscura.

Guarda en su boca la eternal frescura
de la rosa sin par de Alejandría,
y al andar con gentil coquetería
entona himnos de amor con la cintura

Su mirada de lumbre abrasadora,
enloquece, fascina, aturde ó ciega,
é incitante, nerviosa, soñadora,
la juzga aquél que á contemplarla llega,
soberbia mezcla de andaluza y mora
con algo propio de la estatua griega.

FRANCISCO AQUINO





VICTORIA BENIMELI

"MARAVILLAS."

Enrique Gómez Carrillo, el poeta de las prosas elegantes fluidas, el más artista de los modernistas españoles, acaba de publicar *Maravillas*, novela funambulesca, evangelio divino de la bohemia dorada del arte.

Eros, el simpático Dios de la juventud, coronado de rosas carnales, abre la primera página del libro, y el viejo Dolor, las sienas ceñidas de pasionarias, sella la última con el sello sangriento de dos labios febriles que se unen en un beso macabro: los de Luisa, la bailarina soñadora, y los de Rip-Rip, el clonw sentimental, que *llora por dentro*, mientras su cuerpo descoyuntado piruetea en la pista.

Carrillo es un sincero; por un refinamiento propio de los enfermos del alma, goza en hermosear sus dolores, trasformándolos, á fuerza de arte, en joyas espléndidas dignas de brillar engarzadas en tiaras imperiales.

Fulguraciones de rubíes; resplandores irisados de brillantes...

¡sangre y lágrimas de un poeta, de un soñador, que ha amado como nadie y ha sufrido más que ha amado!

Por eso por sus cielos azules y brillantes cruzan nubecillas blancas: ensueños que disipan en el infinito; por sus paisajes tropicales, entre flores lujuriosas y arrogantes revolotean mariposas ligeras y frágiles; ilusiones que se pierden; y sus mujeres, cloróticas y pálidas como princesas de Velázquez, entonan en la orgía del *placer*, ante el altar de Venus, su elegía de lágrimas, y les gusta perderse, vestidas de blanco, por las enramadas florecidas, deshojando simbólicas margaritas.

Allá, en París, en los ruidosos *cabarets* del barrio Latino, el interesante autor de *Maravillas*, el cantor de la melancolía voluptuosa, mientras sus camaradas discuten y versifican, y las *cocottes* entonan el último *couplet* de *Folies Bergeres* y en la ancha copa verdea el ajenjo como la pupila incitante de una sirena, siente nostalgias místicas de almas inmaculadas y carnes vírgenes, y sueña con el sol madrileño, y la figura enlutada, alta y esbelta como la princesa primaveral de Boticelli, que le sonríe desde un balcón adornado de rosas y claveles, jazmines y geráneos.

F. V.

POBRECITA

¿Tú perdida en el vicio? ¿Tú, tan niña?
¿Permite que mi alma, enamorada
de lo bueno y lo justo, acongojada,
con el afecto del dolor te riña.
Mira, lo pequeño
me hace una gracia á mi, lo adoro tanto,
que ante esa gracia impúdica y graciosa
que te da la tristeza de una rosa
manchada con la sangre de un delito,

sin poder ocultar mi hondo quebranto,
río... como un bendito
y se turban mis ojos por el llanto.
Ya sé, ya sé que al apuntar el día
de tu alegre niñez, la horrible anémia
de aquella sociedad viciosa, impía
tus sueños de inocencia pervertía
con el golpe soez y la blasfemia.
Y después, te vendieron, ¡alma mía!
¿Y quién fué el comprador, el miserable?
¿Aquel anciano, dices? ¡Ah, malvado!
¡Dios mio, y hace poco, me ha saltado

un sermón de moral interminable!
Tal vez será locura.
Pero esos ven en tí la vestía impura,
que, niña, ya la corrupción consiente.
Yo veo mucho más, veo una frente
que ciñe una corona de amargura.
¿Que á mi también me quieres? ¡Quita, quita!
¿Que sí te beso? Sí: pero te beso
como se besa á una visión bendita.
¿Que de otro modo? ¡No; renuncio á eso!
¡Ah! ¿conque soy un tonto? ¡Pobrecita!

ADOLFO LUNA



ANGEL R. CHAVES

LOS SEÑORITOS

(EPISODIO DE 1836)

I

La verdad es que había razón para que estuviéramos orgullosos. Aparte de que en toda la caballería, tanto de línea, como ligera de la división á que pertenecíamos, no había cuerpo alguno que pudiera compararse en marcialidad y gallardía con los cuatro escuadrones de que constaba el regimiento de Borbón, la pulcritud y limpieza de los uniformes de los jinetes y la brillantez de los arreos de los caballos rayaba en lo inverosímil.

Cuando se nos mandaba formar para revistarnos, daba gozo ver aquella masa de casacas amarillas con vueltas azul celeste, tersas é impecables, como si acabaran de salir de manos del sastre, y sobre las que, lo mismo las granadas de metal blanco que adornaban cuello y faldones, que los botoncillos de la misma materia, sobre que se destacaba el núm. 5, parecían hechos de la más bruñida plata.

Es más, sin que esto sea jactancia; fuera casualidad de la suerte, ó que de intento se hubiera hecho una escrupulosa selección, lo cierto era que ni en la oficialidad, clases, ni soldados se hubiera hallado en todo el ejército, más igual, ni más acabada colección de buenos mozos.

Tal vez contribuyera á hacérmelo ver así el acendrado cariño que, sobre todo al segundo escuadrón, que era a. que yo pertenecía, profesaba. Pero, pasión aparte, cuando el viento agitaba las colas de caballo que pendían de los cascos de suela con cimera de latón que adornaban nuestras cabezas; cuando se oía el metálico son de los sables al salir de las vainas de hierro, ó un rayo de sol arrancaba argentadas chispas, tanto de nuestras charreteras, como de las chapas de las fornitur. s, no podían menos de sentir envidia los otros cuerpos, no explicándose como se hacía compatible un aseo que ya rayaba en el atildamiento, con las penalidades de

una campaña que, aquél año sobre todo, se hacía dura de veras.

Mas ¡ay! Como la envidia ha sido siempre mala consejera, lejos de estimular aquel exagerado cumplimiento de uno de los preceptos de la Ordenanza, no tardó en hacérsenos blanco de las pullas de todos, y creyendo, mejor dicho, aparentando creer que sólo para acicalarnos y componernos servíamos, nadie perdía ocasión de zaherir nuestro amor propio, llamándonos en son de burla *los señoritos*.

II

No quiero suponer que nuestros generales participaran de aquel menosprecio con que se nos miraba; pero lo cierto y verdad es que desde que habíamos pasado á formar parte de una de las divisiones que operaban en Navarra, ni por casualidad una vez se nos había dado ocasión para reanudar aquella gloriosa serie de hechos de armas que tan alto nombre nos conquistaron en el ejército del Centro.

Los desafíos, eso sí, mudeaban tanto, que tuvieron que dictarse severísimas órdenes para atajar nuestros bríos; pero después de todo, el que un oficial de Borbón pasara un brazo de una estocada, ó abriera la cabeza de un sablazo á un húsar de la Princesa, ó á un ligero de Albuera ó de Vitoria, no impedía el que, apenas asomaban por los lejanos cerros las boinas blancas de los facciosos, todos dijeran:

—Ya se les presenta otra ocasión á *los señoritos* de ver tranquilamente cómo los demás nos rompemos los huesos al grito de ¡viva la Constitución! ¡Viva la Reina!

Tales cosas, como es de suponer, se decían siempre en voz baja; pero algunas veces no tanto que no llegaran á nuestros oídos. Por cierto que cuando esto último sucedía, era de ver cómo nuestro coronel—que no tanto en lo amojamado y anguloso del rostro como en lo recto y caballeroso de su natural, trasunto vivo parecía del Ingenioso Hidalgo—pálido como un difunto, dejaba asomar á sus ojillos grises un relámpago de cólera y prorrumplía en un terno seco y redondo como las balas rasas, que en

más de una ocasión habían chamuscado sus grises y lacios bigotes.

III

Y á él fué á quien debimos el desquite que con tanta impaciencia como justicia aguardábamos.

Una tarde, allá de los fines del invierno, comenzó á cundir el rumor de que para la mañana siguiente se preparaba una gran batalla, y antes que la noche cayera vimos confirmada la noticia con la presencia entre nosotros de todo el Estado Mayor general, que no se daba punto de reposo en lo de dictar órdenes, y en lo de hacer ir á los edecanes de aquí para allá con la celeridad del rayo.

Nuestro coronel no tuvo esta vez paciencia, y dirigiéndose al sitio en que estaba el general en jefe, le pidió unos momentos de audiencia para suplicarle concediera al regimiento el honor de ocupar el sitio de mayor peligro.

Según oímos después el general le escuchó en apariencia un poco contrariado por el atrevimiento; pero tal vez, en realidad, satisfecho de tan loables propósitos.

—El plan está trazado ya y las fuerzas distribuidas—le contestó.—Por esta vez Borbón ocupará la segunda línea de retaguardia. Pero descuidad, que no faltará ocasión otro día para que puedan lucirse *los señoritos*.

El coronel se puso encendido como la grana. Aquel apodo dado por el general á sus soldados le quemó las mejillas como un hierro candente.

Quiso contestar, pero la voz se le heló en la garganta, y sin lograr otra cosa que llevarse torpemente la mano á la visera del casco, amostazado y mohino se volvió al sitio en que nuestros trompetas tocaban ya á botasillas.

IV

Seis horas largas hacía que la batalla estaba empeñada, y nosotros, no tan sólo no nos habíamos movido del pequeño ribazo en que estábamos colocados desde el amanecer, sino que, teniendo

delante una espesísima nube de humo, no veíamos más que los altos y estrechos morriones y las casacas azules del regimiento de infantería de Saboya, que era el que cerraba la línea de reserva.

Por fin, á cosa de las dos de la tarde nos sentimos más animados. Algunos proyectiles caían cerca de nuestras filas, aunque sin alcanzarlas, y eso nos hacía presumir que no tardaría en sacarnos de aquella forzada é insoportable inacción para dar la última mano á una jornada en que habría gloria para todos.

Poco después la triste realidad se nos mostraba en toda su desnudez.

Lo que habíamos tomado por ordenado movimiento extratéjico de las tropas leales, no era más que una descompuesta retirada.

Por si no nos hubiera convencido de ello la actitud de los dos regimientos de infantería que teníamos delante, el viento, bariendo por un momento las nubes de humo, nos dejó ver toda el ala izquierda de la vanguardia á punto de ser copada por la facción, que cargaba sobre ella con el entusiasmo que dá la seguridad de la victoria.

Todavía esperamos algunos momentos á pié firme. Pero de pronto nuestro coronel agitó su sable con un movimiento nervioso y gritó con voz de trueno:

—¡A ellos muchachos! ¡Viva la Reina!

Y como alud que rueda de la montaña al llano, el regimiento entero, arrollando cuanto encontraba á su paso, dió en lo más recio de la pelea.

V

Ya era tiempo. El segundo escuadrón de Albuera, cuyos soldados se habían batido como leones, estaba á punto de rendirse. Su estandarte había caído ya en manos de los partidarios del Prendente y ni un solo oficial quedaba á caballo.

Lo que pasó no puedo decirlo. Nuestro regimiento quedó diezmado; pero su heróico esfuerzo bastó para volver al sentimiento del deber á todo un ejército que momentos antes no escuchaba ya más que la voz de «sálvese el que pueda.»

La batalla, á punto de terminar, se prolongó hasta cerca de la

noche, y la victoria, que fué de las más señaladas de aquellos días, quedó por el ejército leal.

Entre las glorias que en aquella jornada cupieron al regimiento de Borbón, se cuenta la de haber recuperado el perdido estandarte de Victoria, al que se unió todavía una bandera que dejaron para siempre en nuestras manos los partidarios del titulado Carlos V.

Cuando nuestro coronel presentó al general en jefe ambos trofeos, se limitó á decir subrayando la faase:

—Esto es todo lo que por hoy han podido traer *los señoritos*.

El general estrechó la mano de nuestro bizarro jefe, y murmuró con acento conmovido.

—¡Estoy satisfecho de ellos y de usted!

VI

Desde aquel día, no en voz baja, si no á grito herido, se nos siguió llamando por todos, *los señoritos*.

Y sin embargo, tanto había variado la intención que se daba á la palabreja que tanto nos molestaba antes, que fuerza es confesar que, lejos de incomodarnos, todos nosotros, incluso nuestro coronel, no cabíamos en el pellejo cuando oíamos pronunciar el apodo.

ANGEL R. CHAVES.

Astro de sombra

Lo que causó mi apasionado intento,
no fueron los divinos rasplandores
de tus rasgados ojos seductores,
ni el armonioso timbre de tu acento.

Ni tu alma, ideal del sentimiento,
ni de tu cabellera los fulgores,
ni la ola de perfumes de tu aliento.

Lo que á su eterno amor me encadenaba,
lo que produjo mi impresión no extinta
fué la gota siniestra que mostraba
en medio de la frente, aquella
¡aquel negro lunar que pinta, semejaba,
sobre un cielo de luz, un sol de tinta!

PEDRO BARRANTES

MISS CLO-CLO





MARIA ENGLE

NÉBULA

(IMPRESIONES DE REDACCIÓN)

Adoro sobre todos los sueños el sopor indolente, el dorado vértigo de ópico que antecede á la primera palabra escrita. ¡Yo tengo un asunto!

Tengo un asunto, y todos mis compañeros tendrán el suyo también. Vedles, si no, rascarse la frente y adoptar actitudes meditabundas y angustiadas: ¡esto es solemne!

Discurré la hora mortificante y gris del esfuerzo mental, la hora dolorosa de la creación, y cruje sobre las cuartillas algo como un aleteo de angustia, desazonado é impaciente.

Momentos antes no hubo un cerebro que no acariciara las alas de raso de una idea, la visión espléndida y risueña de un proyecto.

Se habló del artículo y se le amó calladamente, con una sonrisa de toda el alma, apasionada como un requiebro, poemática como una oración maternal.

¡Ah; pero todo esto fué antes de coger la pluma, ahora no; ahora la visión adorada acaba de cometer su picardía, su eterno desvío de hembra irreductible!

Pérfida siempre, discurre ante los ojos azorados con su perfume de carne y su color de primavera, enseñando á medias los sagrados misterios de sus líneas.

Habla un idioma acariciador y fantástico, mimoso y arrullante con el alma de todo lo indistinto, de todo lo confuso... con el color indecible de los recuerdos, con la intensa melancolía de las tardes religiosas.

Veamos: ¡Qué desorden!...

La *heroína* es una mujer arrogante, una imagen aterciopelada y fresca... La nuca menudita, la carne de magnolia mojada por

el rocío, el alma de coplas, de oraciones y de besos.. Es la loquilla que... Es la adorable tirana, que... Es la... ¡Al diablo!

¡Ah, la *heroína* es una morena poderosa y mauritana, de ojos profundos como las noches de sus vegas, ojos enlutados, que lloran la pena ardiente de una raza extinguida, de una estirpe acorralada en pensiles de arrayanes y de pórfidos; altivas sombras de gallardos guerreros, que bordaban con oro del Darro versos islámicos en sus cotas de combate y... ¡Tampoco!...

Es el recuerdo cursi, el recuerdo celeste de la colegiala, que ensayó á mirarnos con cariño á través del velo de su primera comunión...

Es el color matinal de una corona de desposada.

Y el tono de lirio de una boca muerta...

Y la nota roja y aturdidora de un primer beso...

Y la visión de pasionaria de un amor de madre, llenando el corazón con su místico perfume de Calvario.

¡Ay, ¿para qué más? Todo esto ó mucho de esto es el asunto, maldito asunto, que revuela de cerebro en cerebro y de alma en alma, dejando aquí y allá girones de su vestido luminoso.

No intentéis prenderlo con el torpe picotear de la pluma; es libre como el aire, y se os escapará de entre las manos, riéndose de vuestra fiebre nerviosa.

¡Pero qué imbecilidad más grande! ¿Han de sujetarse las ideas adorables, libérrimas, á nuestras ambiciones desaforadas, á nuestras bastardas ambiciones?

¿Nos piden algo á cambio de sus caricias generosas?

No quieren ser lucidas, hacen bien; no se venden, son mil veces más nobles que nosotros.

Llenan de luz, de flores, de esperanzas, el sotabanco de todos los Mürges, la guardilla de todas las Mimis...

Vuelan en torno de todas las tristezas, cantando el himno alborante de los triunfos, y nunca faltan después de una amargura á dejar un beso en las sienas desgarradas.

Perdonadlas; odian el asqueroso escapatate de las columnas

periodísticas, y se ríen de nuestros afanes horteriles, de nuestros pobres afanes comineros, de nuestro galope desenfrenado y *trágico*, detrás de la peseta.

Pues bien, yo quiero respetarlas hoy, callármelas... Suelto la pluma...

Es la única manera de que se acerquen á mí, de que reanuden para mí sólo su égloga consoladora y gorjeante.

Reina en torno el acre silencio de la creación, el sordo jadeo del esfuerzo mental, y cruje sobre las cuartillas el aleteo angustioso de la pluma...

Y lejos todavía, envueltas en una niebla de sueño y de ópio,

las imágenes que huyeron del estilo vuelven, confiadas, vírgenes con un coro triunfante y colorista...

Con sus vigorosos paisajes, perdidos en la vaguedad del espíritu, con sus fugaces espejeos de agua soleada, con sus misteriosas zambras de notas y de duendes.

Naturaleza, vida, savia que besa y pájaros que aman, vocécitas que llaman al corazón con un arpegio de mañana alegre...

Os quiero tanto, que sobre todas las redenciones posibles preferiría la de guardaros en lo más profundo de mi ser, quereros mucho y no escribiros nunca, nunca.

ADOLFO LUNA

Nuestros grabados

Gregorio Martínez Sierra.—Es un artista delicado; sus artículos, sus poemas juveniles y apasionados en los que hay caricias y besos; en los que también hay lágrimas, muestran un temperamento de poeta. Es un poeta y es un soñador. Sueña con mujeres, con ojos llenos de luz y bocas rebosando placeres. Unas veces la decoración es un castillo derruido, que sólo conserva las torres almenadas; en el castillo hay encantamientos. Otras veces sueña bosques en los que hay génius y monstruos, como en los cuentos famosos de las *Mil y una noches*.

Es un nervioso, un enfermo; pero ¿qué importa eso, cuando se es un verdadero artista? Recordad las palabras de Garcin,

aquel pobre poeta, protagonista de un cuento de Rubén Darío: «Creo que siempre es preferible la neurosis á la imbecilidad.—*Candamo.*»

Adela Blasco.—Es una tiple que empieza como muchas quisieran terminar. En el Real, donde ha actuado durante la anterior temporada, se la ha aplaudido con verdadero entusiasmo.

Victoria Benimeli.—Es una de las más distinguidas intérpretes de las obras de Wagner. Así lo ha reconocido nuestro público que no ha cesado de aplaudirla durante las representaciones de la *Walckya*.

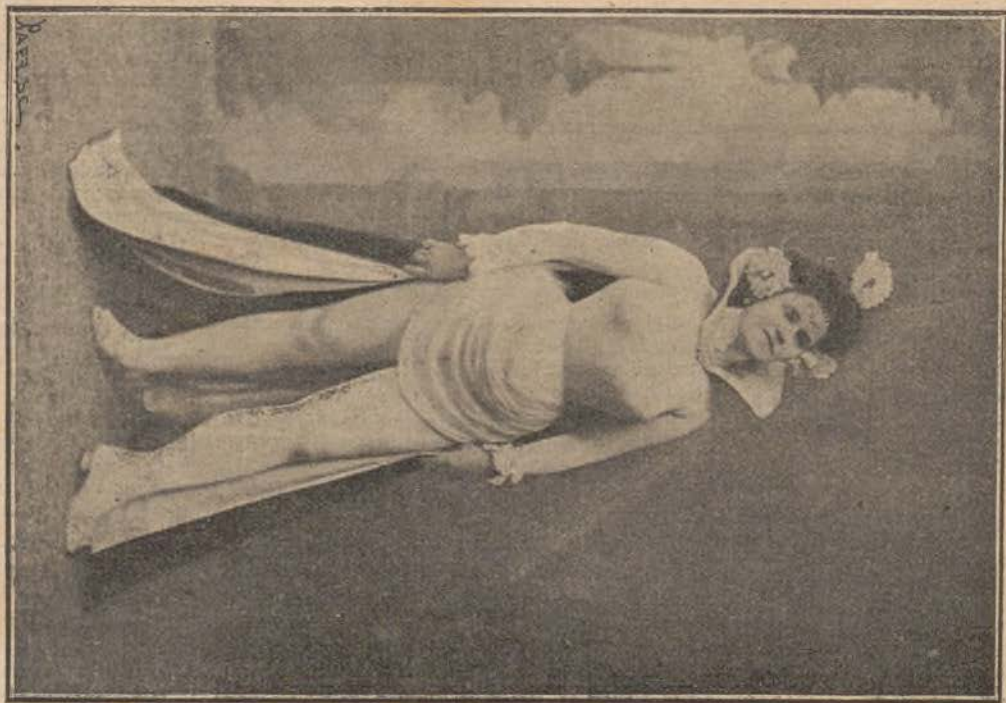
Chaves.—Brillante escritor. Se leen con verdadero placer sus romances y cuentos inspirados en viejas costumbres. Desde los catorce años en que publicó sus

primeros versos, ha luchado constantemente en la prensa, en el libro y en el teatro. Sus dramas, *Las alas de cera* y *Males del alma*, obtuvieron éxitos ruidosos. Sus *Cuentos de dos siglos* ha y sus *Recuerdos del Madrid viejo* han popularizado su nombre. Actualmente prepara dos libros que se titulan: *Más cuentos nacionales* y *La Corte de los Felipes*.

María Angle.—Esta distinguida artista es una de las más inspiradas intérpretes de *Sonámbula*. Su voz melodiosa, la conquistó aplausos numerosos y admiradores fervientes.

Clo-Clo y Galatée.—Fueron las estrellas de Varietés y Colón.

MISS GALATÉE



HORA DE AMOR

Gemían las ondas
besando la playa...
¡Qué tarde tan dulce
y tan larga!
¿Te acuerdas? La luna
brillando en Oriente con lumbres doradas,
arrojaba á los mares dormidos
su vitela de fuego y de plata.
Jugando la brisa
al redor de tu frente de nacar,
ondeaba los rizos brillantes
de tu cabellera, como el sol dorada.
Augusta tristeza
invadía en silencio mi alma;
en tus ojos copiábase el cielo
y en mis ojos la mar se copiaba.
Yo pensaba en las luchas del mundo
y en los verdes lauros que brinda a fama
en mis grandes penas
y en mis tristes ansias...
Amores y dichas
tu mente soñaba;
dormidos recuerdos
de dulces nostalgias,
risueñas auroras
y cielos azules y noches calladas...
¿Te acuerdas? De pronto
se llenaron mis ojos de lágrimas.
—¿Porqué lloras? dijiste, ¿qué tienes?
¿qué duelo te aflige? ¿qué pena te embarga?
Y clavando en mis ojos sombríos
tus grandes pupilas color esmeralda,
y acercando á mi boca tu boca,
con mohines de niña mimada,
secaste mi llanto
diciendo en voz baja:

—¡Yo no quiero que llores, bien mío,
ni quiero que ocultes tus penas amargas!

.....
¿Cómo fué? ¡Qué se yo! ¿Quién resiste
las caricias del beco que estalla?
¿Quién contempla la fuente que corre
y no extingue la sed que le abrasa?
El amor puso fuego en mis venas
y ardió en mis entrañas...
¡Ay! después de aquel beso de fiebre
quedamos sumidos en dulce nostalgia,
por los lábios unidos los cuerpos,
por los ojos fundidas las almas...

.....
¿Te acuerdas? La luna
brillando en Oriente con lumbres doradas,
arrojaba á los mares dormidos
su vitela de fuego y de plata;
y la ola serena
que moría temblando en la playa,
al mirar en la arena tu nombre,
llenaba, riendo, los surcos de agua.

SALVADOR GONZÁLEZ ANAYA

En la selva

Todo invita á querer. La fronda entera
enardecida se extremece y ama
cediendo á su pasión como en la rama
el ruiseñor y en su cubil la fiera.

Sobre el césped la alegre Primavera
sus dones amantísima derrama
y hay idilios sin fin sobre la grama
como hay besos de amor en la pradera.

Con sus hondas de luz el sol ardiente
acaricia las hojas del follaje,
despertándose el bosque lentamente...

Y al renacer la brisa en el ramaje
elévase también solemnemente
el himno eterno del amor salvaje.

L. ANEIRO PAZOS.

CANTARES

No puedo olvidarte...
¡Desde que nos vimos
me parece que llevo tus ojos
dentro de los míos.

.....
¡Cuando doblan las campanas
me pongo á pensar en tí.
No estás muerta para el mundo
pero lo está para mí!

.....
¡Permita Dios que mis ojos
te miren por esas calles
pidiendo de puerta en puerta
sin que te socorra nadie!

.....
Rejas andaluzas
no puedo olvidaros
¡cuántas veces las flores que os cubren
regué con mi llanto!

FRANCISCO VILLAESPESA.

GREGORIO MARTINEZ SIERRA



Diálogos fantásticos

III

HADAS

El Artista

...Mi estatua terminada... ¡Mi obra maestra! ¡Qué hermosa eres!... En tormenta de anhelos infinitos, de ansias indefinibles de belleza, entre brumas y sombras, te ví surgir espléndida, radiante, tal vez inaccesible, y como soberana incontestada, te erigiste en mi alma fantástico palacio; allí te he contemplado muchas horas, descansando serena sobre lecho de flores, en actitud de olímpico reposo, y con sólo mirarte se nutría mi espíritu, y la vida me parecía hermosa, deslizándose en la no interrumpida labor de contemplarte... Un día sacudiste las flores de tu lecho, y te erguiste arrogante, y me dijiste con severo acento: «¡Amante, eres mortal y soy eterna; tú morirás, y se hundirá contigo el alcázar soberbio en que me aprisionaron tus amores; tu corazón helado ya no podrá adorarme, y mi belleza sufrirá para siempre, sin poder ser amada por ser desconocida!... ¡Muéstrame al mundo, tú que me posees; dame amadores que sepan cuando mueras, conservarme el altar que me erigiste!... ¡Muéstrame al mundo!...» Yo te amaba, y obedecí; busqué el rosado mármol, para suave materia de tu cuerpo, y abrasado, los días y las noches, por fiebre dolorosa, logré fijar, al fin, en él, la huella de tu regia belleza. ¡Yo te dí formal ¡Qué hermosa!... Pero duermes, y al mirarte dormida siento dentro de mí tu voz que clama, con mandato de amor, «¡Sí, soy hermosa, pero quiero vivir para adorarte!... ¡Vivir!... ¡Dáme la vida!...» Y entonces desfallezco... ¡Que la vida no es mía, y no puedo vivir si tú no vives, y no puedo mirar tu seno inmóvil junto á mi pecho que palpita loco, y no puedo sentir tus labios yertos bajo los míos que la fiebre abrasa; no puedo ver tus

despiadados ojos mirándome sin verme, indiferentes, sin encenderse en claridad amante para servir de espejos á los míos que con hambre de amores te contemplan! ¡Quién te diera la vida, la vida un solo instante, para morir después de haber sentido que podías amarme!...

El Hada Reina

¡Hadas! Mirad la estatua; el hombre llora, después de terminar su obra maestra, y ella descansa, descansa en el silencio... No piensa ni sonrío; sus labios entreabiertos no respiran... ¡Venid las Hadas! ¡Venid las que en otros tiempos derramásteis los dones sobre la cuna del pequeño Infante, de la gentil Princesa; venid, el Hombre llora. ¡Consolémosle!... Mirad la estatua, la estatua que duerme. ¡Acerquémonos! Que acaricien su rostro nuestras alas diáfanas; démosle vida.

Las buenas Hadas

¡Sí, démosle vida, vida feliz... ¡Hija del Hombre, tu padre siempre ha sido nuestro amigo... ¡Serás dichosa!

El Hada Reina

Formad en torno de la que aún duerme, vaporosa y radiante cadena. Murmurad sobre ella vuestros conjuros. Agitad vuestros varitas de virtud, y caigan los beneficios sobre la hermosa, como lluvia de perlas.

Las buenas Hadas

¡Vive! Démosle nombre. Te llamarás *Amada*, pues que amor es tu esencia!... ¡Puesto que has sido amada antes de tener vida! ¡Amada!

El Hada de las Risas

Déjame que aliente en tu boca, y que dance en tus ojos, y que te enseñe mi lenguaje vibrante que modula sus notas sobre lira de plata. Aprendí mis cantares en las aguas que ríen al sol, en las vocéjillas de los niños que ríen en la mañana; cántalos tú y ríe; ríe para siempre, como ríe la lluvia en primavera al caer en el lago...

El Hada de los Sueños

¡Amada! Mira mis alas de mariposa, de mil colores; los recogí á mi paso por el mundo; son todas las bellezas de la Tierra. ¿Los quieres? Permite que me pose sobre tu frente, y que cante á tu oído mi canción mágica. ¿Te gusta? Sueña, sueña... Sueña como poeta, sueña como mujer enamorada, sueña tú siempre...

El Hada de los Besos

¡Me dormiré en tus labios, y tú sabrás besar; ¡Oh dulce ciencia! ¿Que dónde la aprendí?... ¡Toda la tierra es un beso sin fin, que se suspira en infinito enamorado ensueño!... Aprendí, cuando el mar besa á la tierra, rugiendo en la tormenta, sus amores. Aprendí, cuando el sol besa á las nubes, vistiendo de topacio sus contornos... Aprendí entre las sombras de los bosques, viendo besarse á pájaros y flores, á ramajes y brisas... Aprendí «¡No te importe donde aprendí mi ciencia, mi dulce ciencia, mi ciencia eterna; es la ciencia de Amor y Amor no muere. Apréndela tú, Amada, que del amor naciste...

El Hada Reina

Y ama, ama si has de vivir, y después ríe, y sueña, y besa. Ama; la alegre risa sin amor es triste; el grato ensueño sin amor es negro; el beso sin amor no tiene aroma. ¡Ama si has de vivir! ¡La Vida sin amor es sacrilegio!

Amada

...Besar, soñar, reír... ¡Oh vida, mi vida hermosa!

Las Hadas maléficas

¿Hermosa?... Contaste sin nosotras. Las buenas hadas se alejaron contentas, creyéndote feliz porque te dieron cuanto pudieron darte. Nosotras, las madrinas no llamadas, también traemos dones que ofrecerte... ¿Amada?... ¡Gracioso nombre! ¿No sabes que el Amor es en la tierra el disfráz del Dolor? ¿Amas? Porque amas sufrirás.

El Hada de las Lágrimas

Toma mis perlas, mis perlas amargas; serán el hermoso y fatídico adorno de tus ojos.

El Hada de la Duda

...Pondré sobre tu frente mis negras alas; sus sombras servirán de dosel á tus ensueños.

El Hada del Hastío

En la miel de tus besos, guardaré el manojito de mirra amarga.

Amada

¡Sufrir!... Corazón mío. ¿Dónde encontrar ayuda, dónde consuelo? ¿Quién me amará sufriendo? ¿Dónde está el que me ama?

El Artista

¿Hablaste? ¿Me has llamado?... ¡Amada mía!... ¿Qué dices? ¿Qué, me llamas porque sufres?... ¡Ah! Bendito, bendito sea el Dolor que te impulsó á llamarme. Bendito el sufrimiento que te ha acercado á mí...

G. MARTÍNEZ SIERRA

TIPOGRAFÍA HERRES

En este establecimiento se hacen toda clase de trabajos comerciales, estados, facturas, membretes, catálogos, obras ilustradas y periódicos.

MADRID.—IMP. PARTICULAR DE EL ALBUM DE MADRID, VILLANUEVA, 17.